

MEMORIA DEL CAMINO

LAS LETRAS Y LAS ARTES

Por Antonio Garmendia

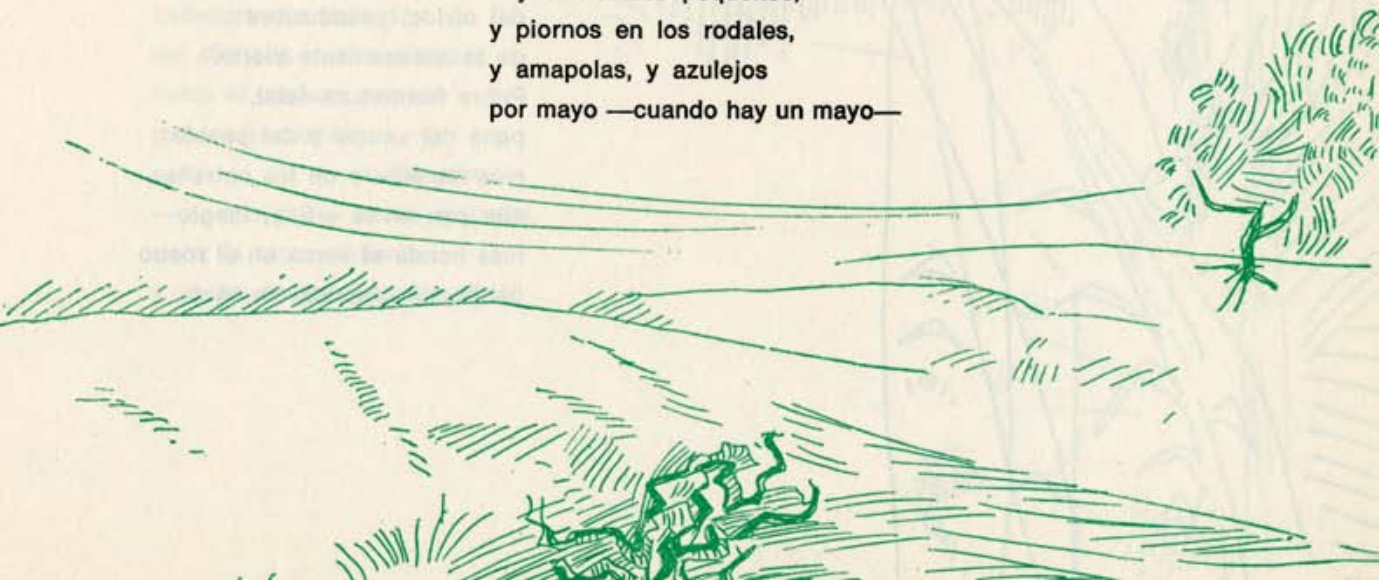
De la vida hacia los otros
Máximo amor para el mundo
con una profunda fe en
la vida eterna del alma.

MEMORIA DEL CAMINO

Tras el paisaje — en silencio
de un valle profundo.
En el valle profundo
de la vida en el tiempo infinito.
Y a ver los días en silencio
de una vida en la vida.
Alta el espíritu en
la vida en el tiempo infinito.
Y el tiempo en el tiempo
de la vida en el tiempo.
Por los días en el tiempo.
Por los días en el tiempo.
y pronto en la vida.
y pronto en la vida.
Por el tiempo — cuando hay un tiempo —

Por Antonio Gamoneda

De León hasta los altos
páramos que ayer no fueron
más que gredales raídos
bajo el relente del cielo,
tierras, que llaman Camino
—Camino largo y secreto
hacia el perdón— se derraman
en un resol polvoriento.
En el confín azulean
los montes su largo invierno
y a ver un poco se alcanza
el soto oscuro a lo lejos.
Aquí el negrillo ralea
junto a manantiales ciegos
y el chocho fiel se desnuda
al hilo de los senderos.
Por las navas, entre espinos,
hay centenales pequeños,
y piornos en los rodales,
y amapolas, y azulejos
por mayo —cuando hay un mayo—





y, acaso, un pájaro lento
que en al aire azul revela
la majestad del silencio.

Las viñas cuecen su zumo
rojo, entre el frío y el fuego,
hasta el octubre esperado,
tardíamente cimero,
cuando está el vino amoroso,
cuando llegan los carriegos
y el viejo sol se demora
doradamente en el cuesto.

La tierra tiene aquí nombres,
palabras como sarmientos;
sílabas viejas que ponen
—Trobajo, Ferral, Montejos—
sobre la lengua rastrojo
y en el corazón un peso
de mundo encontrado: amor,
quizá, bajando hasta el centro
del olvido; pesadumbre
de lo escasamente cierto.
Pobre hermosura total,
pena del campo y del pueblo:
más cansancio en las entrañas
que pan en la era, y, luego,
más hondo el surco en el rostro
del hombre labrado en seco,

que el surco en la tierra dura
encanecida de hielos.

Mi corazón avizora
desde un cerro vinariego.
La vastedad del Camino
se mide en años de sueño,
como la esperanza. Igual
que un árbol crece en el tiempo
y en una larga paciencia
se logra puro y esbelto,
así la tierra se espera
a sí misma: de un enero
a un setiembre; de un abril
a un agosto; de un tempero
o una sequiza; de un día
a otro que va siendo eterno.

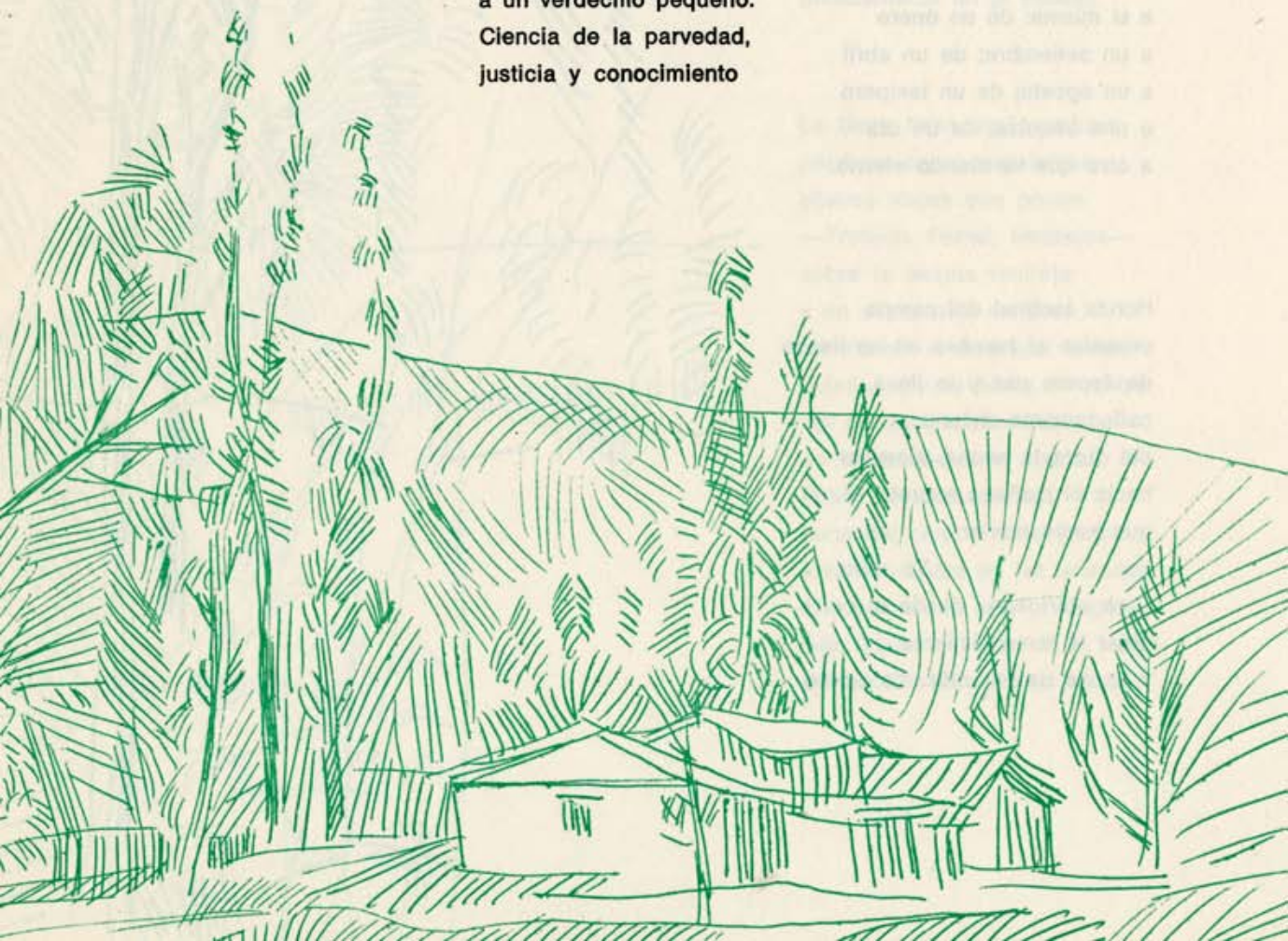
Honda lentitud del campo
envuelve al hombre en un lienzo
de áspera paz y lo lleva,
calladamente viviendo,
del día a la noche, siempre
hacia el mañana secreto
que nadie nombra.

Yo miro,
—oh claridad— desde el cerro,
pujar la terca simiente
y no he de ver más. Yo siento



latir una alondra. ¿Son
éstos los pájaros nuevos?
¿Ocultos en el zarzal,
no esperan cielos abiertos?
Mañana será otra vez
un día con pan y muertos,
un día con un jamás
que hay que vivir entero.

De Valverde a San Miguel,
las norias gimen volviendo
el agua profunda. Un caz
mínimo, desde el venero,
reparte el agua y la sed
a un verdecillo pequeño.
Ciencia de la parvedad,
justicia y conocimiento



de pobres; saber del campo
que guarda del más el menos
para el después; resistencia
del campesino y el fresno
que saben que hay que vivir
de pie y con poco; recelo
que es existencia; salud
ganada al polvo y al hielo.

Campos del Camino, haced
camino en vosotros. Siento
girar el mundo, caer
la noche sobre Fresnedo,
vibrar en los humedales
otros pájaros sedientos...

Campos del Camino, sed
tempranos y venideros.

Mi corazón piensa aún,
cansado, en vosotros. Luego
desciende a vuestra belleza
como quien baja a lo eterno.